

MARIE BENEDICT

EL SECRETO DE AGATHA



Capítulo 1

EL MANUSCRITO

12 de octubre de 1912

Casa Ugbrooke, Devon, Inglaterra

No pude haber puesto en palabras a un hombre más perfecto.

«Olvida tu carné de baile», me susurró una voz mientras me abría paso entre la multitud hasta la pista. ¿Quién se atrevía a decir algo así? Sobre todo cuando iba del brazo de Thomas Clifford, un pariente lejano de los anfitriones, lord y lady Clifford de Chudleigh, y era el centro de atención de las damas solteras del baile en la Casa Ugbrooke.

«Impertinente», me dije, «incluso grosero». Imaginé el escándalo si mi compañero de baile lo hubiera escuchado. Peor aún, ¿y si mi compañero de baile fuera el elegido —nuestro destino, como a mis amigas y a mí nos gustaba describir a los futuros maridos—, y hubiera tenido que distraerse de sus atenciones? Así que me recorrió un escalofrío, y me pregunté quién se atrevería a tal insolencia. Volteé hacia el lugar de donde provenía la voz, pero los compases de la *Sinfonía n.º 1* de Elgar comenzaron a escucharse y mi pareja me llevó a la pista.

Mientras bailábamos el vals traté de identificar al hombre entre el gentío que rodeaba la vasta pista de baile. Mami me regañaría por no concentrar mi atención en el joven señor Clifford, pero, según rumores que escuché, el caballero disponible y bien relacionado

necesitaba casarse con una heredera adinerada, por lo que no podía tener un interés legítimo en mí de todos modos. Yo estaba casi en bancarrota, solo podía ofrecer la herencia de la residencia Ashfield, una propiedad que muchos considerarían una maldición más que una bendición, en particular porque no tenía dinero para mantenerla y la villa necesitaba reparaciones constantemente. El señor Clifford no era una oportunidad perdida, pero no tenía duda de que esa oportunidad en verdad se presentaría. ¿No es ese el destino de todas nosotras? ¿Qué un hombre nos rechace y después la marea nos lleve a nuestro destino?

Docenas de hombres vestidos de gala estaban de pie en un rincón del dorado salón, pero ninguno parecía un candidato probable para una invitación tan atrevida. Hasta que lo vi a él. Un hombre de cabello ondulado y rubio que estaba al borde de la pista, con la mirada fija en mí. Ni una sola vez lo vi conversar con ningún otro caballero, y tampoco advertí que intentara acompañar a ninguna de las damas para unirse al baile. Solo se movió para acercarse a la orquesta y hablar con el director, después regresó a su lugar en el rincón.

Sonaron los últimos acordes y el señor Clifford me acompañó de regreso a mi lugar, junto a mi querida amiga Nan Watts, que jadeaba por haber dado un rápido recorrido alrededor de la sala con un hombre de rostro colorado, conocido de sus padres. Cuando la orquesta comenzó la siguiente melodía y un joven caballero rubicundo se precipitó para sacar a Nan, miré el carné de baile que colgaba de mi muñeca por un listón rojo de seda para saber quién sería el siguiente.

Sobre mi muñeca apareció una mano. Miré los ojos azul intenso del hombre que me había estado observando. Por instinto, aparté el brazo, pero de algún modo desató el carné de la muñeca y entrelazó sus dedos con los míos.

—Olvide su carné solo durante una pieza —dijo con voz queda y grave que reconocí como la del joven desvergonzado de hacía

unos minutos. No podía creer lo que me pedía, y me asombró que me hubiera quitado el carné. Permitir que otro hombre se inmiscuyera en la lista era algo que sencillamente no se hacía, aunque el cuadernillo se perdiera.

Creí escuchar los acordes característicos de una famosa melodía de Irving Berlin. Sonaba como «Alexander's Ragtime Band», pero pensé que debía estar equivocada. Lord y lady Clifford nunca le hubieran pedido esta melodía tan moderna a su orquesta. De hecho, creí que estarían furiosos con esta desviación del protocolo estándar; lo que estaba a la orden del día eran piezas clásicas y sinfónicas, combinadas con danzas tranquilas que con toda seguridad no enardecerían las pasiones de los jóvenes.

El joven observó la expresión de mi rostro mientras yo escuchaba la música.

—Espero que le guste Berlin —dijo con una sonrisa breve y satisfecha.

—¿Usted organizó esto? —pregunté.

Una sonrisa modesta cruzó su rostro, marcando dos hoyuelos en las mejillas.

—Escuché cuando le dijo a su amiga que deseaba oír un poco de música moderna.

—¿Y cómo lo hizo?

Me asombró no solo su audacia sino su determinación. Era más bien halagador. Nadie jamás había tenido un gesto tan impresionante para conmigo, mucho menos ninguno de los corrientes pretendientes que mi madre trató de endilgarme durante mi presentación en sociedad hace dos años, en El Cairo; un esfuerzo necesario, ya que el costo de la presentación en Londres —los numerosos vestidos de moda, las fiestas a las que hay que asistir y que hay que ofrecer, el precio del alquiler de una casa en la ciudad para la temporada— era demasiado alto para los escasos recursos de Mami. Y ni siquiera el querido Reggie, a quien conocía de toda la vida como el agradable hermano mayor de mis queridas amigas,

las hermanas Lucy —pero que solo recientemente se convirtió en mucho más que un amigo de la familia— había hecho un esfuerzo parecido. Reggie y yo habíamos llegado a un acuerdo, entre nosotros y nuestras familias: que nuestras vidas y nuestros nombres estarían algún día vinculados por el matrimonio. Un futuro enlace imperfecto, pero enlace, al fin y al cabo. Sin embargo, ahora que consideraba esa unión en el contexto de este emocionante cortejo, me parecía una aventura tranquila, aunque conveniente.

—¿Eso es importante? —preguntó.

De pronto, me sentí completamente abrumada. Bajé la mirada, un violento rubor invadió mi rostro y sacudí la cabeza.

—Esperaba que bailara conmigo. —Su voz era baja y firme.

Aunque podía escuchar la voz de Mami en mi cabeza advirtiéndome que no bailara con un hombre al que no me habían presentado formalmente —sin contar que, de alguna manera, se las había arreglado para obtener una invitación al baile de la Casa Ugbrooke y me había arrancado el carné de baile—, respondí:

—De acuerdo.

Porque, en verdad, ¿qué tan peligroso podía ser un baile?

Capítulo 2

DÍA UNO DESPUÉS DE LA DESAPARICIÓN

Sábado, 4 de diciembre de 1926

Hurtmore Cottage, Godalming, Inglaterra

El orden impecable de la mesa del desayuno de los James le inspira una sensación de corrección y alegría que pocas veces ha sentido desde que regresó de la guerra. Los cubiertos resplandecientes están colocados junto a la porcelana Minton, cada utensilio está alineado exactamente con el siguiente. Los platos grabados con delicadeza —en un patrón Grasmere, él cree— están a cinco impecables centímetros del borde de la mesa, y el arreglo floral —un pequeño y elegante ramo de acebos de temporada y follaje— está colocado al centro. «Por Dios», piensa, «este es el tipo de orden que hace sentir cómodo a un hombre».

¿Por qué su hogar no tiene este grado de perfección? ¿Por qué debe agredirlo constantemente esa falta de rigor doméstico, y las emociones y necesidades de sus habitantes? Con estos pensamientos, una indignación justificada crece en su interior, y se siente en todo su derecho de sentirla.

—Creo que esto amerita un brindis —anuncia Sam James, su anfitrión, al tiempo que asiente hacia su esposa, Madge.

A su vez, ella hace una seña a la sirvienta uniformada, quien toma una botella de champaña que se ha estado enfriando en un recipiente de cristal sobre la alacena.

—Archie, anoche hubiéramos querido brindar por sus planes, pero la inesperada visita del reverendo... —comienza a explicar Madge.

Un tinte rosado empieza a recorrer las mejillas de Nancy y, aunque se ve encantadora con el rostro encendido, Archie comprende que la insistencia de los James en la situación que viven es la causa de su malestar y desea tranquilizarla. Levanta la mano y afirma:

—Agradezco mucho el gesto, querida Madge, pero no es necesario.

—Por favor, Archie —reitera Madge—. Todos estamos muy contentos con sus planes. Y tendrá muy pocas oportunidades para celebrar.

—Insistimos. —Sam hace eco a las palabras de su esposa.

Volver a negarse sería descortés; Nancy lo comprende de manera implícita. Este sentido de decoro es una cualidad que comparten, y a él le entusiasma que ella sea así. Evita la necesidad de la mano firme que guíe hacia la rectitud que él debe ejercer en otros ámbitos de su vida. Especialmente en su casa.

—Sam, Madge, muchas gracias. Su apoyo significa mucho —responde.

Nancy asiente.

Las copas de cristal centellean en lo alto con la champaña color miel, mientras la criada las escancia una a una. Cuando termina de servir la última copa suenan unos golpes en la puerta del comedor.

—Disculpe la interrupción, señor. —La voz de una mujer con un fuerte acento campirano se escucha del otro lado de la puerta—. Pero el coronel tiene una llamada telefónica.

Él intercambia una mirada de asombro con Nancy. No esperaba la llamada tan pronto, si alguna vez llegaba, en particular porque había mantenido su paradero lo más confidencial posible, por las razones obvias. Nancy deja su copa sobre la mesa y toca suavemente

el codo de él sobre el mantel almidonado de lino. Es un reconocimiento mudo de su preocupación compartida por esa llamada.

—Discúlpenme —dice con una inclinación de cabeza hacia sus anfitriones, quienes colocan sus copas de nuevo sobre la mesa.

Se pone de pie, se abotona el saco e inclina la cabeza hacia Nancy con una confianza que no siente. Sale a grandes zancadas del comedor y cierra la puerta con cuidado detrás de él.

—Por aquí, señor —indica la criada.

Él la sigue hasta una pequeña habitación que está debajo de la intrincada escalera de madera tallada de Hurtmore Cottage, un nombre poco apropiado para esta gran residencia. Ahí está el teléfono de pie, y lo espera el auricular sobre el escritorio.

Se sienta en la silla frente al escritorio, coloca el auricular en su oreja y el micrófono frente a sus labios. Pero no hablará hasta que la criada haya cerrado la puerta tras ella.

—¿Sí? —Odia la inseguridad que escucha en su voz. Nancy aprecia su confianza en sí mismo, sobre todas las cosas.

—Lo siento mucho, señor. Soy Charlotte Fisher.

¿Qué demonios está pensando Charlotte al llamarlo aquí? Él le confió que estaría en Hurtmore Cottage con la mayor de las advertencias. Aunque había hecho todo lo posible en los últimos meses por ganarse el favor de la secretaria y gobernanta de la familia —que él cree necesario para llevar a cabo la transición tranquila que desea—, esta vez no se esfuerza en ser condescendiente y ocultar su enojo. Al diablo las consecuencias.

—Charlotte, me parece haberte advertido que no me llamas aquí salvo en caso de extrema urgencia.

—Es que, coronel —tartamudea—, estoy en el vestíbulo, en Styles, junto al oficial Roberts.

Charlotte hace una pausa. ¿En verdad piensa que la sola mención de la presencia del oficial de policía en su casa lo explica todo? ¿Qué quiere que responda? Ella espera que él hable y, en el silencio, el miedo se apodera de él. No encuentra las palabras. ¿Qué sabe

ella? Pero lo más importante, ¿qué sabe el oficial? Cada palabra le parece una trampa en la que puede caer.

—Señor —continúa al ver que él no habla—, considero que esto es de extrema urgencia. Su esposa está desaparecida.

Capítulo 3

EL MANUSCRITO

12 de octubre de 1912

Casa Ugbrooke, Devon, Inglaterra

Un murmullo de sorpresa surgió de los invitados cuando la música de Irving Berlin fue más reconocible. Si bien los de mayor edad no estaban seguros de que fuera decoroso bailar una pieza tan moderna, mi compañero no dudó en llevarme hasta la pista de baile. Comenzamos de inmediato a bailar el atrevido *one-step* y los otros jóvenes siguieron nuestro ejemplo.

Sin los complicados pasos del vals que marcaban una distancia entre nosotros, nuestros cuerpos estaban ahora extremadamente juntos. Casi deseé llevar esos antiguos vestidos con corsé como armadura. En un esfuerzo por alzar una suerte de barrera entre mi cuerpo y este desconocido descarado, mantuve la mirada fija sobre su hombro, aunque fuera algo muy forzado. Sin embargo, sus ojos nunca dejaron de fijarse en los míos.

En general, era muy fácil que mis compañeros de baile y yo comenzáramos a platicar, pero eso no ocurrió esta vez. ¿Qué podría decirle a un hombre así? Finalmente, él rompió el silencio.

—Es usted mucho más hermosa de como Arthur Griffiths la describió.

No podría decir qué parte de este comentario me asombró más, si el hecho de que compartía a un conocido con este hombre tan

inusual o que tuvo la osadía de llamarme «hermosa» cuando ni siquiera nos habían presentado oficialmente. Me educaron con reglas estrictas en cuanto a nuestro comportamiento y, si bien esas normas tácitas se habían hecho más flexibles en los últimos años, hacer un comentario sobre mi apariencia a la primera oportunidad infringía incluso las convenciones más laxas.

Para ser honesta conmigo misma, esta franqueza me pareció estimulante, pero se suponía que las chicas como yo no debíamos disfrutar la sinceridad. Me dejaba dos opciones: o me apartaba de inmediato por su desfachatez o lo ignoraba por completo. Puesto que este hombre me intrigaba, a pesar de su torpeza, opté por lo último y pregunté amablemente:

—¿Conoce a Arthur Griffiths?

El hijo del vicario local era un amigo.

—Sí, ambos pertenecemos a la Artillería de Campo Real del Ejército; estoy apostado con él en la guarnición de Exeter. Cuando supo que no podría asistir esta noche, debido a sus obligaciones oficiales, me pidió que viniera en su lugar y la cuidara a usted.

«Ah, bien, eso explica algo», pensé. Lo miré a los ojos y descubrí que eran de un azul extraordinario.

—¿Por qué no lo dijo de inmediato?

—No sabía que tenía que hacerlo.

No expliqué lo obvio, que cualquier joven de buena familia sabía cómo presentarse de manera apropiada, y esto incluía hacer mención de los conocidos en común. En su lugar, busqué una respuesta banal.

—Es un buen chico —dije.

—¿Conoce bien a Arthur?

—No muy bien, pero es un amigo querido. Nos conocimos cuando estuve con los Mathew, en Thorp Arch Hall, en Yorkshire, y nos llevamos bien.

Mi compañero de baile, que aún no se había presentado por su nombre, no respondió. El silencio me molestaba, así que comencé la plática.

—Es un buen bailarín.

—Parece decepcionada de que esté yo aquí, en lugar de él.

Decidí tratar de aligerar el estado de ánimo de este joven.

—Bueno, señor, este es nuestro primer baile. Y puesto que me dispensó de mi carné, quizá tenga la oportunidad de volver a hacerlo para demostrar su destreza en este campo.

Lanzó una carcajada, profunda e intensa. Conforme me hacía girar alrededor de la pista, frente a los rostros familiares de los Wilfred y los Sinclair, yo reía con él, y me sentía muy distinta a todos los que me rodeaban. De algún modo más libre, más viva.

—Esa es precisamente mi intención —dijo.

Envalentonada, le pregunté:

—¿Cuáles son sus funciones oficiales en Exeter?

—Vuelo.

Por un momento quedé muda. Todo el mundo se impresionaba con la idea de volar, y heme aquí, bailando con un piloto. Era muy emocionante.

—¿Vuela?

Sus mejillas se tornaron rojo vivo, lo advertí incluso bajo la luz tenue del salón de baile.

—Bueno, por el momento soy artillero, aunque soy el aviador calificado número 245 en Gran Bretaña. Pero muy pronto ingresaré al recién formado Real Cuerpo de Aviación.

Su pecho, ya bastante amplio, se ensanchó un poco más al terminar la frase.

—¿Qué se siente estar allá arriba, en el cielo?

Por primera vez desvió la mirada de mis ojos y la dirigió a los frescos que decoraban el techo, como si ahí, en la ingeniosa representación de un paraíso falso con abundancia de querubines, pudiera evocar esa experiencia.

—Es estimulante y extraño estar tan cerca de las nubes, y ver el mundo hacia abajo tan pequeño. Pero también es un poco aterrador.

Lancé una risita.

—No puedo imaginarlo, pero me gustaría hacerlo.

Sus ojos azules se ensombrecieron y su tono se hizo más serio.

—No elegí volar por la emoción que produce, señorita Miller. Si hay una guerra, y en verdad creo que habrá una, los aviones serán vitales. Deseo ser una parte importante en el esfuerzo bélico, un engranaje fundamental en la enorme maquinaria militar. Ayudar a Inglaterra, por supuesto, pero también cosechar los beneficios para mi futura carrera, cuando los aeroplanos sean un elemento importante en nuestra economía.

Su pasión me conmovió, así como la audacia de su estrategia. Era completamente distinto de todos los hombres que había conocido antes, ya fuera en casa, en Devon, o en el extranjero, en Egipto. Sentí que me quedaba sin aliento, y no solo por el ritmo rápido del *one-step*.

Sonaron los últimos acordes de «Alexander's Ragtime Band» y dejé de bailar. Cuando empecé a apartarme de él, me tomó de la mano.

—Quédese en la pista conmigo. Usted lo dijo: ya no tiene carné de baile. Es libre.

Vacilé. Lo que más deseaba era volver a bailar con él, comenzar a resolver el misterio de este hombre tan poco común. Pero podía escuchar a Mami en mi cabeza, regañándome por el mensaje inapropiado que enviaba una chica si bailaba con el mismo caballero dos piezas seguidas; sobre todo una chica que ya estaba comprometida. De manera que quise algo a cambio por mi inconveniente.

—Con una condición —dije.

—Lo que sea, señorita Miller. Cualquier cosa.

—Dígame su nombre.

Se ruborizó de nuevo y se dio cuenta de que, entre todos sus valientes esfuerzos para llamar mi atención, olvidó el protocolo más básico. Con una profunda reverencia, se presentó:

—Me complace enormemente conocerla, señorita Miller. Mi nombre es teniente Archibald Christie.

Capítulo 4

DÍA UNO DESPUÉS DE LA DESAPARICIÓN

Sábado, 4 de diciembre de 1926

*Hurtmore Cottage, Godalming, Inglaterra, y Styles,
Sunningdale, Inglaterra*

—¿Todo bien? —pregunta Sam cuando regresa al comedor.

Aunque ya elaboró una respuesta a la inevitable pregunta, Archie tartamudea cuando debe pronunciar las palabras. Mentir nunca le ha sido fácil, aun cuando las recientes circunstancias le han otorgado innumerables oportunidades para hacerlo.

—¡Oh!, mmm, era mi madre. Me temo que está enferma. —Antes de continuar con su explicación, Madge sofoca un grito. Él alza la mano y la tranquiliza—: Nada serio, asegura el médico. Pero pidió verme y debo marcharme.

Sam asiente.

—El deber llama.

—Bueno, si no es tan grave, Nancy podría quedarse a la comida —sugiere Madge, quien, recuperada de su preocupación por la madre de Archie, dirige una mirada a su amiga—. A Sam y a mí nos encantaría que nos acompañara a jugar una partida de whist.

—No veo por qué no —responde Archie lanzando a Madge, y después a Nancy, su mejor versión de una sonrisa.

Nancy, con dulzura, docilidad y su encantador vestido azul, merece pasar una tarde despreocupada y feliz con su amiga.

—¿Podrá regresar para la cena? —pregunta Sam.

Archie siente el peso de la decepción de los James. Han sido tan amables en planear este fin de semana y ahora él ha arruinado su amabilidad. Una que, sin duda, cualquier otra persona no habría tenido.

—Llamaré para informarles si eso es posible. De lo contrario...

—Archie se interrumpe, no está seguro de qué decir. No sabe lo que enfrentará en Styles, no sabe qué información tiene la policía y no puede calcular los imprevistos. En verdad, ni siquiera se ha permitido considerar esos imprevistos.

Sam acude a su rescate.

—No se preocupe, amigo. Llevaremos a Nancy a su casa en caso de que los planes de esta noche resulten imposibles.

La gratitud lo invade, y rodea la mesa para estrechar la mano de su amigo. Cuando sus manos se enlazan, alguien toca a la puerta.

—¿De nuevo? Maldita criada —gruñe Sam, irritado; después grita—: ¿Ahora qué?

—Señor, hay un policía en la puerta —dice la sirvienta por la abertura de la puerta.

Archie siente náuseas. Sabe, o cree saber, por qué la policía espera en la entrada de la casa de los James.

—¿Qué?

Sam no podía parecer más asombrado, como si su criada le hubiera dicho que su amado sabueso se convirtió de pronto en un poodle. La policía servía para lidiar con los conflictos de obreros insignificantes, no para llamar a la puerta de las casas de campo.

—Sí, señor, un oficial de policía. Pregunta por el coronel, señor.

—¿Para qué demonios?

—No lo dijo. Solo pidió ver al coronel.

La humillación de ser convocado por un policía, y hacer patente la mentira sobre la salud de su madre, casi resta importancia a su preocupación por la comparecencia misma. ¿Qué pensarán Madge y Sam de él? ¿Cómo explicarles esto? ¿Y a Nancy?

Conforme avanza por el sendero, una roca hace que su coche Delage derrape y que casi pierda de vista el automóvil de la policía que debe seguir. La breve pérdida de control del vehículo siembra una semilla de imprudencia en él. ¿Y si simplemente se alejara y evadiera lo que le espera en Styles? ¿El coche de la policía sería capaz de alcanzarlo?

No, enfrentaría las consecuencias como un hombre. No importaba cómo fueran a juzgar sus actos, nunca querría que dijeran que es un hombre que evade sus obligaciones, que huye de sus errores.

Sigue a la policía y dobla en el sendero familiar que lleva hasta su casa. El polvo que alza a su paso el vehículo oficial obstruye su visión por un momento y, cuando el paisaje se aclara, se materializan las torres estilo Tudor, casi tan impresionantes como la primera vez que las vio. «Cuánto ha cambiado desde aquel día», piensa, aunque se esfuerza por borrar ese recuerdo.

Archie sabe que, de alguna manera, debe tomar las riendas de esta situación. ¿Quizá ayudara si él estableciera el tono adecuado y asumiera su legítimo papel como amo de Styles? Por lo tanto, no espera a que la policía salga del automóvil. En cambio, se adelanta a los otros coches oficiales que están estacionados en la entrada de Styles y se dirige de inmediato a la puerta principal, que está entreabierta. Cuando la abre de par en par, le sorprende que ninguno de los agentes uniformados de negro que están reunidos en la cocina como un enjambre de abejas mortíferas alrededor de su reina hayan advertido su presencia. Archie comprende que tiene la singular oportunidad de evaluar la situación antes de pronunciar una palabra.

Examina la larga mesa de caoba, que está pegada a la pared derecha del vestíbulo, buscando alguna tarjeta de presentación sobre la charola de plata del recibidor. Está vacía, pero algo le parece inusual. Asomado por debajo de ella puede ver el borde de un sobre, la papelería color marfil distintiva de su esposa.

Echa un vistazo a los agentes de policía que están absortos escuchando la voz estridente, aunque sofocada, de un hombre que él no alcanza a ver; sin duda es el supervisor. Saca el sobre de debajo de la charola y, con paso ligero, se desliza hasta su despacho y cierra con cuidado la puerta detrás de él.

Toma el abrecartas con empuñadura de marfil que está en su escritorio y abre el sobre. La caligrafía extendida y puntiaguda de su esposa le clava la mirada desde el papel. El tiempo apremia, pero necesita un poco más que unos segundos para comprender sus palabras. Cuando termina, alza la vista; siente como si acabara de despertar de un sueño profundo y entrara en una pesadilla. ¿En qué momento tuvo el tiempo —no, la premonición, la perspicacia, el paciente cálculo— para escribir estas palabras? ¿Alguna vez conoció en verdad a su mujer?

Las angostas paredes de su despacho parecen estrecharse y siente que no puede respirar. Pero sabe que debe actuar. La carta dejó claro que él no es el artífice de un plan, sino sencillamente su objetivo; está atrapado en un laberinto y debe encontrar una salida. Avienta la carta por encima del escritorio y empieza a caminar por la habitación que, en cuestión de segundos, se vuelve más sombría por la inminente tormenta. Por Dios, ¿qué debía hacer?

Solo está seguro de una cosa. Si bien está preparado para pagar su penitencia, no está dispuesto a darle las llaves a su carcelero. Nadie puede leer esta carta. Camina hasta la chimenea y la arroja junto al sobre a las llamas; luego observa cómo arden las palabras de Agatha.